

partidos, acabando con los hogares mejicanos, y de las guerrillas que pululaban en el Bajío y los Estados que lo encierran, las fuerzas que renovaban los batallones y escuadrones que Degollado hacía instruir de prisa y mal y que llevaba á las batallas campales y á los asaltos á que la reacción lo citaba; pero se veía en la imposibilidad completa de desechar elementos de combate. Le bastaba con esforzarse en disciplinarlos; tarea titánica de la que el generalísimo reformista no levantó la mano ni un día, ni una hora y que acabó por poner en manos del Gobierno de Juárez un ejército que dió al traste con el viejo ejército de la reacción, agotado, desmoralizado y sin bandera. Una cruz y unos ciriales no podían ser una bandera.

من قال

☞ Miramón pensaba, y con perfecto acierto, que el general Echeagaray, con la fuerza que á sus órdenes tenía, no habría de adueñarse de Veracruz, objetivo capital de las miras de la reacción. En aquella época, la ciudad de Méjico no podía dominar al país sin Veracruz; estaba mutilada sin ese órgano indispensable de relación con el exterior. Era preciso completarse; era preciso reconquistarlo.

☞ La acción de Veracruz se hacía sentir por donde quiera; si pudieran reunirse las cartas de Juárez, las que revelaban su acción personal en aquella época, cartas á los gobernadores, á los jefes, á los partidarios, á los amigos, casi siempre de su puño y letra, vendría por tierra la leyenda de su pasividad casi inconsciente, que no hay que confundir con uno de los caracteres de su fisonomía psicológica, la desconfianza en su inteligencia. Se creía inferior á muchos de los hombres que entraron con él en contacto, desde el punto de vista intelectual, al grado de preferir, no sólo, sino de sentir una tendencia constante á preferir la opinión ajena, á la propia. Juárez sólo tenía confianza en su voluntad; era lo que necesitaba su partido, fué lo que necesitó su patria.

☞ Para tomar á Veracruz, el joven caudillo en quien tenía la reacción todas sus complacencias, decidió aniquilar á la revolución reformista de Jalisco para que, seguro absolutamente de su base de operaciones, pudiera concentrar sus elementos en Veracruz; allí era donde pensaba ganar la banda presidencial, sin duda. La suerte le mostró entonces una de sus más coquetas sonrisas.

☞ Con perfecta previsión, Degollado abandonó Guadalajara, en donde habría sido asediado y capturado irremisiblemente, y fué á buscar en el camino de Colima las posiciones de Atenquique, en donde Miramón no había podido vencerlo, sino maltratarlo apenas. La excelencia de la tropa reaccionaria y el ojo militar de su general que, con tal de herir en el punto débil del enemigo, á todo se exponía, trajeron por consecuencia el terrible desastre de San Joaquín, cerca de Colima, batalla ganada por una atrevida marcha estratégica que hizo inútiles las formidables posiciones en que Degollado esperaba. Esta batalla sólo puede compararse á la de Ahualulco; con ellas Vidaurri y Degollado quedaban fuera de combate. Ya se podía pensar en Veracruz.

من قال

☞ En Méjico no se pensaba en eso; en Méjico, bajo la presión de la gente de dinero, aterrorizada con el porvenir de préstamos forzosos y de conductas capturadas que tenía delante, y del clero alto, cuya barca, para escapar del naufragio, quizás tendría que tirar al agua su pesado lastre de bienes temporales; bajo esas y otras influencias, decimos, se intentaba realizar una combinación de moderados, mientras Miramón y Márquez se batían furiosamente en Jalisco. El general Echeagaray, muy lastimado porque los periódicos de Méjico le echaban en cara su impotencia para hacer algo importante contra Veracruz, y D. Manuel Robles Pezuela, que llegaba de los Estados Unidos impresionado por lo que allí había oído sobre la suerte futura de Méjico, país incapacitado para la paz y la cultura por ende, entraron en el complot y haciendo á un lado á Zuloaga, lo que no era difícil (se trataba de un mueble), reunieron á todo el elemento militar que tenían á mano y trataron de imponerse á la vez á Miramón y á Juárez. Juárez, encastillado en la Constitución (supongo que hoy no nos atreveremos á tomárselo á mal), ni siquiera tomó en cuenta el famoso PLAN DE NAVIDAD (con este nombre pasó á la historia), y Miramón, bullente de ambición y de sed de lucha y de triunfo, seguro de sus victorias futuras, rasgó EL PLAN con la punta de su espada, se presentó en Méjico con el inmenso prestigio del triunfo, anatematizó á Echeagaray, deshizo con un chasquido de su látigo los bríos de D. Manuel Robles, desbarató la cáfila de moderados que pululaban en Palacio, repuso á Zuloaga, y, como si fuera un mueble, una silla, se sentó en él, se hizo declarar por él Presidente, y proclamó URBI ET ORBI que iba á apoderarse de Veracruz.

☞ Así lo creía el flamante paladín DEL ALTAR Y DE LA SOCIEDAD; para su ambición juvenil, para su sed de renombre y su confianza absoluta en sí mismo no había imposibles. Sabía, sin embargo, que Veracruz se había preparado largo tiempo hacía para este caso, que había multiplicado sus fortificaciones, concentrado sus recursos y que para asaltarla se necesitaba un ejército, cuya mitad al menos estuviese lista á ser sacrificada, para dar paso á la otra mitad, sin una sola probabilidad de capturar al presidente Juárez, que tenía abiertos para su retirada Ulúa y el mar.

☞ Miramón había inaugurado un gobierno muy personal, muy suyo; era un reaccionario apasionado, declaraba santa y hermosa (sic) la reacción, pero le gustaban poco los reaccionarios, excepción hecha de unos cuantos militares; era muy respetuoso y sumiso con los obispos y los canónigos y los guardianes, pero no le gustaba que le dijese no, ni siquiera SÍRVASE AGUARDAR V. E., cuando les pedía dinero: hace la impresión de un hombre que les gritaba al oído. Los conservadores retrógrados, los PUR SANG, veían este modo un poco dragón de llevar las cosas del Gobierno con recelo, y deslizando entre flor y flor una amonestación, quisieron demostrar á AQUEL MUCHACHO ATRABANCADO que á ellos tocaba la tutela y que la ejercerían. Aguilar y Marocho, una especie de Veuillot dispéptico, se encargó de hacérselo presente; Miramón hizo como que no oía, habló con otros, y al fin se marchó á Veracruz con todos los corifeos militares de la reacción, llevando á Robles Pezuela de Jefe de Estado Mayor.

☞ La esperanza secreta de Miramón, el POR QUÉ de una expedición que se creía

de éxito seguro cuando no se contaba con un bloqueo posible, consistía sin duda en la actitud de las potencias ultramarinas. Los Estados Unidos no decían nada, vacilaban, daban tiempo por lo mismo. España casi había hecho una declaración de guerra á Juárez: un mes antes de la expedición á Veracruz, el Ministro de Estado de Isabel II había pronunciado ante el Senado un discurso que, al combatirlo, resumía así el general Prim, fiel é intrépido amigo de Méjico desde entonces: «España tiene razón de ir á Méjico con las armas en la mano, porque allí se derrama la sangre de nuestros conciudadanos y se cometen con ellos toda clase de iniquidades.» Esto era lo que Miramón esperaba, lo que anhelaba todo su partido.

¶ La labor de Juárez en Veracruz había consistido principalmente en impedir que con la guerra civil llegara á complicarse un conflicto internacional. Esto era por extremo difícil tratándose de naciones que reconocían expresamente al Gobierno reaccionario, como Inglaterra, Francia y España, ó que no reconocían á nadie, como los Estados Unidos. Lo más urgente era atenuar los efectos de la inquina de España, que aparentaba moverse por el deseo de vengar la sangre española derramada en algún rincón de la tierra-caliente meridional y por la resistencia de Méjico á consentir en convenciones manifiestamente basadas sobre créditos abusivamente cubiertos con el derecho de España. El Gobierno nacional desde los tiempos de Comonfort había demostrado que los asesinos y sus secuaces de tierra-caliente habían sido perseguidos y castigados, y que respecto de nuestra deuda estábamos dispuestos á reconocer cuanto fuera justo, para lo que habíamos acreditado en Madrid á un hombre de bastante inteligencia y prestigio literario (Lafragua). Pero todo era en vano; las exigencias del Gobierno de Doña Isabel crecían, porque de lo que se trataba era de meter la mano en los asuntos políticos de Méjico, de presentar á España como una mediadora y una protectora, y de obtener acaso un trono para un infante español. Estas miras, fomentadas por los agentes de los gobiernos conservadores en Madrid, las adivinaba Prim, y por eso ya en 58 proponía que el Senado dijera en la contestación al discurso de la Corona: «El Senado ha visto con pena que las diferencias habidas con Méjico subsisten todavía; estas diferencias hubieran podido tener una solución pacífica si el Gobierno de V. M. hubiera estado animado de un espíritu más conciliador y justiciero. El Senado entiende que el origen de esas desavenencias es poco decoroso para la nación española, y por lo mismo ve con sentimiento los aprestos de guerra que hace vuestro Gobierno, pues la fuerza de las armas no nos dará la razón que no tenemos.»

¶ La verdad profunda era que si España hubiese desembarcado en son de guerra en las playas del Golfo, aun cuando su tropa hubiese venido mejor preparada y mejor mandada que la torpe expedición de Barradas, se habría encontrado al país entero en pie y dispuesto á combatir como en los días de las epopeyas insurgentes. Porque habría aparecido aquí, no como una pacificadora entre hombres de ella nacidos, sino como la restauradora del muerto régimen colonial. La salvaje explosión de odio sanguinario que fué causa del crimen cometido en las haciendas de tierra-caliente, fué un exutorio por donde se dejó ver, como en los días

de la insurgencia, un infierno de rencor social en ebullición. El régimen de la esclavitud en las haciendas de tierra-caliente y de servidumbre pura en las demás tierras cultivadas del país, no había cambiado sino en los nombres y en las apariencias; en el fondo subsistía. Y el administrador de la hacienda de caña y sus empleados eran casi siempre españoles, é hijos de españoles los amos de las otras haciendas; el trabajador del campo en sus manos era un animal á quien se enseñaba á cantar EL ALABADO, se le obligaba á comprar en LA TIENDA en que dejaba mucho más del monto de sus jornales, con lo cual tenía un nexo terrible que lo encadenaba á la gleba, y se le trataba á palos, y se le dejaba sistemáticamente embrutecerse con la superstición, el pulque ó el aguardiente y la promiscuidad generalmente incestuosa en la familia, que apenas así podía llamarse. De este estado sacaba al indio y al mestizo LA LEVA que lo arreaba rumbo á todos los maderos de la guerra civil.

¶ Pero en el fondo de este ser brutalmente mantenido en los límites de la animalidad por el alcohol y la fusta de los cómitres, había una llama de odio contra los amos, contra los capturadores, que fué precisamente la que sirvió á Hidalgo en Septiembre de 1810 para incendiar la Nueva España y darle conciencia de su ser propio en el feroz grito antisocial de «¡mueran los gachupines!», cuyo recuerdo hacía estremecer de frío al anciano D. Lucas Alamán, y recrudecía su afán de resistir á los innovadores. No se equivocaba: el grito de CONSTITUCIÓN Y REFORMA era nieto del de los insurgentes de 1810; era la misma protesta contra el antiguo régimen. ¡Y éste era el que España se sentía arrastrada á prohijar en Méjico! Juárez, en 59, haciéndose reconocer por los Estados Unidos, y Prim, en 62, desconociendo á los representantes de Napoleón III, la salvaron de caer en un abismo del que en un siglo no hubiera podido levantarse en el corazón de los hispano-americanos.

¶ Un préstamo forzoso impuesto al comercio de Tampico (casi todo compuesto de súbditos españoles) por el gobernador constitucionalista Garza, dió motivo al capitán general de Cuba para lanzar una escuadrilla y exigir satisfacciones. Juárez, que ya había dispuesto que á los extranjeros se les eximiera de estos violentos impuestos, hizo dar todas las necesarias y el pretexto cayó al agua; las fragatas del capitán de navío Topete (un mejicano, por cierto) no pudieron bombardear á Veracruz. Algún tiempo después, los ingleses (muy mal animados contra Miramón, que había brutalizado en San Luis Potosí á los súbditos de la reina Victoria, pero poco dispuestos á tomar por lo serio al Gobierno de Veracruz, y los buques franceses, mandados por Peneaud), también protestaron, también exigieron, también obtuvieron. Insensatez mayúscula habría sido otra cosa; la dignidad y el orgullo nacional en estos casos en que se juega la vida, no de unos cuantos individuos, sino de un país entero, tiene que retraerse dolorosamente á lo substancial, á lo que identifica la dignidad y la existencia, y todo lo demás hay que abandonarlo, sacrificando mucho amor propio, es verdad, pero salvando la bandera un poco rota, pero sin manchas.

¶ Sin embargo, mientras no reconociesen los Estados Unidos á Juárez, todo era precario en el mar; con el más frívolo pretexto, podían las escuadras ancladas en los inseguros fondeadores de Ulúa y Sacrificios sacar las bocas de sus cañones por las escotillas, y fácil era que esto coincidiera con la aproximación del ejército reaccionario á Veracruz; así lo pronosticaban los norte-americanos por medio del NEW YORK HERALD y esto, sin duda, precipitaba al presidente Buchanan á reconocer á Juárez. Pero cada hora de retardo podía complicar la situación de Veracruz con un conflicto internacional.

¶ Si la suerte del Gobierno constitucional era angustiosa por el lado exterior, precisaba, urgía buscar en el interior un medio de conjurar la tormenta, y Juárez pensó en Degollado. Para impedir esto había hecho Miramón la fulminante campaña de Jalisco. Pero Degollado podía ser derrotado, no vencido; sólo la muerte podía vencer á aquel endeble. Retirado á Michoacán después de la tremenda rota de San Joaquín, y mientras el victorioso recibía como laurel la banda presidencial, él recogía los restos dispersos de la campaña, apelaba á todos los recursos, llamaba á los fronterizos y se aprestaba á volver al combate con nuevos elementos. No hubo necesidad de que Juárez apelase á él; probablemente cuando esto sucedió, ya Degollado había pensado en el único auxilio posible á Veracruz; amagar seriamente á la capital.

¶ Los elementos crecían en sus manos, á todo comunicaba aliento, á todos ánimo su fe inquebrantable, casi mística, en el triunfo de LA SANTA CAUSA DE LA LIBERTAD, como en el clisé más socorrido de la época se decía. Y como á pesar de todas sus derrotas pululaban LOS HACHEROS, como llamaban en Guadalajara á los combatientes liberales LOS MOCHOS (otro apodo contemporáneo de la rebelión de Ayutla contra el cojo, EL MOCHO Santa Anna), porque decían que rompían con hachas las puertas de las iglesias y sacristías, y como estos hacheros ó CHINACOS traían y llevaban á Degollado noticias de todas partes, pronto estuvo al cabo de que la tentativa del general Miramón se formalizaba, que se preparaba, que iba á partir.

¶ Reunir en el Bajío cinco ó seis mil hombres, era punto menos que imposible, y allí encontraría á Calvo, á Mejía, pronto á Márquez que lo seguiría á retaguardia, sin dejar en peligro á Guadalajara, porque Ogazón, á pesar de su incansable y metódica actividad, no estaba, después del desastre de San Joaquín, en aptitud todavía de amagar seriamente la capital de Jalisco.

¶ Entonces se palpó el singular acierto de Juárez en haber establecido el proconsulado del Interior, sin cortapisa ninguna casi, y en haberlo confiado al hombre SUI GENERIS que era Degollado. Éste no era un hombre de guerra, lo repetimos, sí un creador sorprendente del espíritu de guerra. Sus autorizaciones eran casi iguales á las del Presidente, exceptuando en lo que atañía á las medidas equivalentes á leyes generales y á la política exterior. En todo lo demás, su acción era ilimitada: gobernadores, aduanas, milicias, todo estaba á sus órdenes, y aquel hombre, con sólo el prestigio moral á que debía su alta investidura, imponía de un extremo á otro del país; sin elementos de fuerza, sin ascendiente militar, adorado como caudillo, desconceptuado como general, sabía hacerse obedecer

por sólo el hecho de mandar con serenidad admirable; Degollado fué la fortuna de la Reforma. Esta sumisión de todos tuvo sus peripecias y sus incidentes graves, sobre todo á raíz de las grandes derrotas, pero por lo general se imponía al cabo. El resultado es de esos palmarios, que no están sujetos á conjeturas; en Diciembre de 58 perdía Degollado en San Joaquín todos sus elementos de combate; en Marzo se presentó con un ejército, del que cerca de cuatro mil hombres, por lo menos, eran utilizables en los suburbios de Méjico.

¶ Las peripecias políticas, la necesidad de allegar recursos ideando extorsiones más ó menos disfrazadas á los contribuyentes, y gritando al oído del clero que era preciso desatar, romper la bolsa del mermado tesoro de Cristo, devoraron el tiempo del dictador Miramón. La campaña contra Veracruz nacía muerta; toda campaña contra Veracruz que no se hiciese en Enero era esfuerzo perdido; el clima quebrantaba los bríos é impulsos de cualquier ejército. Pero era imposible, mientras Degollado viviese, cuando menos hacer en Enero una campaña en el Golfo, porque durante la estación de lluvias, en que el Bajío era un inmenso charco de agua (secreto de su fertilidad), no había posibilidad de organizar expediciones militares entre Méjico y Jalisco, ó Michoacán, ó San Luis Potosí, ó Zacatecas; entretanto el Sur de Jalisco hervía de guerrillas, tras de las cuales se enderezaban los batallones, y el amago á Guadalajara surgía con los últimos días del otoño; apenas empezaban á estar enjutos los caminos del Interior, emprendíase la expedición á Jalisco, para despejarlo de enemigos, para dejar la retaguardia cubierta, para asegurar la base de operaciones en la campaña decisiva, suprema, la campaña directa contra Juárez. Victoria segura del ejército permanente contra los mal armados milicianos, disolución de éstos en guerrillas, éxodo de los jefes liberales á Michoacán para rehacerse, vuelta triunfante á Méjico del ejército reaccionario, y el invierno había ya pasado casi y la cita era en Veracruz con la fiebre amarilla.

¶ Hacer la guerra en los médanos veracruzanos en el mes de Marzo con gente de las zonas templadas y frías era absurdo; habría sido necesario poner al ejército bajo un inmenso mosquitero y rodeado de un foso colmado de petróleo. Miramón, después de algunos escauceos inofensivos, seguro ya del reconocimiento de Juárez por los Estados Unidos, lo que paralizaba de pronto toda tentativa de intervención española, levantó el bosquejo de sitio al fin de Marzo y tomó la vuelta de la capital. Sabía que Degollado estaba ya en los alrededores de Méjico y ansiaba desquitarse en él del fracaso insípido de Veracruz; esta campaña lo disminuía; había hecho una COLEGIALADA solemne; esperaba que Méjico se mantendría á la defensiva mientras él llegaba; no creía que Márquez llegase antes que él, y, de todas maneras, sabiéndolo tan cerca, lo esperarían. Márquez no era hombre para eso, no quería regalarle una victoria á Miramón, y gracias á unas cuantas horas de adelanto se salió con la suya. Venciendo á Degollado, Márquez vencía á Miramón.

¶ D. Santos, éste era su nombre popular en toda la República, había logrado una primera concentración de fuerzas en el Bajío, en donde pudo ocupar á Guanajuato y Querétaro, desguarnecidos por Callejo y Mejía que, reunidos en San Mi-